

CAPITULO XVII.

REVOLUCION DE LA PROVINCIA DEL HIGUEY: CAUSA
DE ESTA GUERRA: SON DESHECHOS
LOS INDIOS, Y DESPUES DE LA PAZ QUE SE LES CON-
CEDE, SE REEDIFICA LA CIUDAD
DE SANTO DOMINGO: DESCRIPCION DEL ULTIMO VIAJE
DE COLON HASTA SU VUELTA
A CASTILLA.

Comenzó á gobernar prudentemente la isla el Comendador Ovando, como tengo insinuado; y despues del despacho de la flota desgraciada, pensó en avivar el trabajo de las minas y fundar poblaciones para resarcir los daños que se habian originado de las rebeliones de Roldan y de la mala conducta de su antecesor Bobadilla. No correspondia el trabajo de las minas á sus esperanzas, y viendo que no habia otro remedio sino volver

á poner á los indios bajo del yugo en que estaban ántes, sin embargo de las órdenes precisas de la Reina, quien sobre el punto de la libertad de los indios era inflexible, arbitró un medio que sin contravenir á ellas, dejaba á estos infelices toda la apariencia de la libertad, y efectivamente los reducía á todo el rigor de una verdadera esclavitud. Este fué el obligar á los indios á trabajar en las minas en lugar de los castellanos, segun y como lo hacian ántes, con la diferencia de que se les pagaria su trabajo; y el pretexto que se tomó para esta violencia fué, que solo así podian pagar los indios el tributo á que estaban obligados, habiendo muchos que por su flojedad, y por no dedicarse al trabajo, no cuidaban de ponerse en estado de satisfacerlo. A más de eso dió parte al consejo que era imposible fijar la inconstancia natural de aquellos indios y hacer cesar otros desórdenes á que se dejaban llevar, si no los ocupaban á un trabajo moderado; que esta era la razon principal que le impelia á valerse de este arbitrio. Se aplaudió mucho en el consejo la conducta de Ovando, y tanto más que con alguna esperanza que habia dado á los habitantes de conseguir la reduccion de los derechos del Rey al tercio del oro, y al cuarto de las demás mercaderías, se habian aplicado todos con tal ardor al trabajo de la minería, que en muy poco tiempo

se reparó la pérdida que habia causado el último naufragio de la flota.

Cuando más pensaba D. Nicolás de Ovando en hacer florecer el comercio en la isla Española, se halló acometido de una guerra, cuyos principios no dejaron de causarle grave inquietud. Este fué el motivo: como la Isabela era la única plaza que tenían los castellanos por la costa del Norte, y se iba despoblando cada día más por las razones que he tocado ántes, comenzó el Gobernador general Ovando á entender en formar poblaciones, y al establecimiento de otro puerto en la misma costa, siendo su suma consecuencia asegurarse de uno cómodo para el abrigo en caso de necesidad, y así se determinó á formar el de Puerto de Plata que aventaja en mucho al de Santo Domingo, porque de allí pueden cómodamente ir navíos y volver á Castilla con más brevedad, y ménos dificultad, y asimismo por la mayor proporcion de todo género de refrescos y víveres por estar distante solo diez leguas de Vega Real adonde Estaba la villa de Santiago y la Concepcion, á diez y seis leguas, y diez ó doce de las minas de Cibao, y podria servir de escala para esas dos ciudades, no faltando á la primera mas que esta comodidad para ser la más mercantil y rica de toda la isla. A más de esto, convenia asegurarse de la tierra de ese lado que todavía

permanecía bastante poblada, de cuyos habitantes podian valerse para aprovecharse de la vecindad de las minas de Cibao, que fueron siempre tenidas por las más ricas de toda la tierra. Movióle tambien á edificar aquella villa, para contener la multitud de indios de la isla por aquella parte, y sobre todo para tener en rienda las provincias orientales, cuyos pueblos nunca bien se llegaron á subyugar, y pasaban con razon por los más guerreros de la Isla. Ya el Almirante habia tenido las mismas miras que Ovando algunos años ántes, y no podia hacer Ovando cosa mejor que fijar allí un establecimiento sólido, en vista de un paraje de tanta proporcion y de ventajas tan conócidas. No difirió un instante de poblar allí: armó una carabela en Santo Domingo, y embarcó en ella los que destinaba para vecinos de su nueva poblacion: como no podia darles víveres por mucho tiempo, les encargó que arribasen á la isla de Saona, que está á treinta leguas de Santo Domingo, muy fértil y cercana á la provincia de Higuey, adonde hallarian abundancia de todo, pues los de Santo Domingo sacaban de ella todo género de provisiones. Luego que llegó la carabela á vista de la Saona, y se acercó la lancha de tierra en que iban unos ocho hombres, fueron recibidos éstos con una lluvia de flechas, y de los ocho hombres ninguno escapó, y lo que

dió motivo á esta hostilidad fué, que ántes de la llegada de D. Nicolás Ovando á la Española, en virtud de la buena armonía que guardaban entre sí los de la Saona y de Santo Domingo, llegó á esta isleta una carabela con el fin de cargar cazabe (que es el pan de todas aquellas islas que se saca de la raíz de la yuca), y como siempre los castellanos usaban llevar consigo sus perros de presa, andando los indios acarreado el cazabe, y el cacique de allí avivándolos en este trabajo, tuvo la indiscrecion un castellano de incitar el perro contra el cacique, y le dijo: pillalo, tómallo, por via de burla creyendo poderle contener, dice Herrera; pero lo cierto es que al instante el perro sin que lo pudiera contener su amo, que lo tenia amarrado con una cadena, se abalanzó al cacique y dióle un bocado en las tripas, estirándoselas aquí y allí, de que luego murió el cacique. Algunos historiadores dicen que dieron su queja al Gobernador general algunos vasallos de este cacique pidiendo justicia contra una accion tan brutal é indigna, y que no se hizo caso, ni se les quiso dar oídos, lo que les enfureció y les hizo despues de haber disimulado su dolor, empeñar á sus vecinos en defensa de su cacique, muerto de una manera tan bárbara, y lo peor sin castigo. Apenas se supo el caso en la provincia del Higüey, que toda se puso en armas, con ánimo de vengar

esa injuria, y á su cabeza se puso su cacique, llamado Cotubanama, y comenzaron á declarar su indignacion con arremeter á los ocho castellanos de la lancha que iba á la Saona en la forma referida. El gran comendador Ovando y todos, no pensaban que estos isleños pudiesen hallarse en estado de sublevarse, y que quisiesen llevar tan adelante su resentimiento; pero se engañaron, y la muerte de los ocho castellanos era ya la declaracion de una guerra que los bárbaros pretendian llevar hasta lo último: informado de esta alteracion Ovando, envió á Juan de Esquivel, oficial de mérito, con cuatrocientos hombres, mandándole expresamente tentase primero todos los medios posibles de la suavidad para atraer aquellos indios á la paz, y que cuando no aprovechase, les diese guerra con vigor, haciéndoles arrepentir de haberse atrevido á intentar esta venganza. No le fué tan fácil sujetarlos como se habia presumido, y algunos de sus destacamentos fueron batidos: en virtud de sus órdenes propuso condiciones razonables de paz al cacique Cotubanama, quien con altivez las desechó, y se continuó la guerra con variedad de sucesos. Si es verdad lo que traen nuestros historiadores, esta es una de las más singulares, que denota, que no se dejaban de encontrar hombres muy valientes entre aquellos isleños. Dos castellanos de á caballo, el

uno llamado Valdenabro, y el otro Pontevedra, vieron un indio que iba su camino, y se dijeron el uno al otro: vamos á matar á este indio, y Valdenabro se separó de su camarada, corriendo hácia el indio con la lanza levantada, y éste se previno disparándole un flechazo; errando el tiro, y en el momento le atravesó Valdenabro el cuerpo con su lanza: el indio, así herido, sacó la lanza, y asiéndose de la rienda del caballo de su enemigo, se la iba á envasar, cuando el castellano le metió la espada por la barriga hasta la cacha: se la sacó el indio como lo habia hecho con la lanza, y aunque la tenia Valdenabro bien cogida en el puño, se la hizo soltar: tomó entónces su puñal y se lo clavó en el cuerpo del indio, quien con la misma facilidad se lo arrancó del cuerpo: Pontevedra que vió á Valdenabro desarmado, corrió á socorrerle, y le esperó de pié firme el indio, sin embargo de la mucha sangre que perdía por las tres heridas grandes que le habia dado Valdenabro, y le dió tres estocadas con su lanza, espada y puñal, sucediendo lo mismo, de modo que ambos quedaron desarmados y puestos en fuga por un solo indio de aquellos que no tenían aun por dignos de la ferocidad y cólera de sus perros. Murió el indio de allí á poco, herido por dos lanzas, dos espadas y dos puñales; y, se puede decir, victorioso con las armas en la mano, pues

por un acontecimiento tan singular, de que hay pocos ejemplares en las historias, se vió á los victoriosos asegurar su vida con la fuga, y el vencido perecer con todas las señales de un legítimo vencedor. Este caso parece bien poco verosímil, y solo autoriza á darle algun crédito el testimonio universal de los historiadores juiciosos de aquellas gentes.

Como los demás indios de los aliados no tenían con mucho igual valor al de este indio, no tardó mucho Esquivel en desbaratarlos; y aunque hicieron cara un poco de tiempo, los persiguió, buscándolos en los montes, y mataron á cuantos les venian á las manos; de modo que la isleta de la Saona, que era el granero de la Española por su abundancia de cazabe, quedó desierta, y la provincia de Higuey (que era de bastante poblacion) se vió en tal miseria y destruccion, que se vió precisado Gotubanama á pedir la paz que habia despreciado ántes, y Esquivel se la concedió de buena gana, dejando muy aficionado este Cacique á su persona; y tanto, que desde entónces se quiso llamar Juan de Esquivel, no porque se hiciese cristiano, sino porque era costumbre entre aquellas gentes tomar los nombres de aquellos por quienes habian concebido estimacion y aprecio. Esquivel, como general de aquella empresa, creyó no poderse ase-

gurar mejor de la fidelidad de este Cacique que fabricando en sus Estados una ciudadela de madera, donde dejó nueve castellanos con su capitán, llamado Martín de Villaman, y se retiró con su gente, que poco despues despidió.

Miéntas tanto duraba esta guerra, pensó el Gobernador Ovando reedificar la ciudad de Santo Domingo, que por la tempestad referida se habia destruido. Trató de mudarla en el lugar donde ahora está; y aunque le dió un aire de esplendor correspondiente á la metrópoli del Nuevo Mundo, no acertó ciertamente en mudarla á buen sitio. Una sola consideracion le movió á ello, y fué que estando entónces los pueblos de castellanos en la otra banda del rio, y queriendo atender á la comodidad de algunos particulares, no hizo reflexion que causaba á la nueva ciudad dos perjuicios, uno que se podia remediar, y otro que no se podia evitar sino con muchos costos. Tenia mejor asiento, sin duda, en la parte donde el Adelantado D. Bartolomé Colon la puso, porque estaba al Levante del rio: ahora que la edificó al Poniente, se halla, por esa razon, cubierta de los vapores del rio que el sol echa siempre sobre el pueblo, lo que origina, en un país tan caliente y húmedo, no pequeñas incomodidades y aun nocivas á la salud. Gozaba ántes de una fuente de agua muy buena, y ahora no la tiene

sino de pozos y cisternas, cuyas aguas son gruesas y de mala calidad. Los que querian beber agua de aquella fuente se veían precisados á tener esclavos destinados solo para ese fin; y no obstante, experimentaban mucha tardanza, y aun peligro cuando el rio iba crecido, de modo que estos inconvenientes no dejan de hacer desagradable la situacion de esta ciudad.

Dice Mr. Butet en sus Memorias, que se ha descubierto despues una fuente de agua muy buena á un tiro de escopeta hácia el Norte de la ciudad, y que allí hacen su aguada todos los navíos; pero que los habitantes de aquella capital no gustan de proveerse de ella, hallando que está todavia muy retirada, y mejor quieren beberla de sus cisternas, aunque mala, por no darse un poco al trabajo para tenerla más pura y saludable (*). Era el intento del gran Comendador fabricar una grande alberca y una fuente magnífica en medio de la ciudad para recibir las aguas del rio Hayna, que son excelentes, no habiendo más que traerlas, por sus acueductos, de la corta distancia de tres leguas; pero no tuvo tiempo de ejecutar su proyecto.

Dice Oviedo, que la vió cuando tenia su mayor lustre, que no le faltaba más que esta útil

(*) Padre Charlevoix, citando á Mr. Butet, últimas fojas de su primer tomo de la Historia de la Española.

obra para que fuese de las más hermosas ciudades del mundo. Está situada sobre un plano muy igual. Por lo largo del rio se extiende de Norte á Sud, teniendo en sus orillas huertas bien cultivadas que forman una bella vista. Tiene la mejor hácia el Mediodía, y el rio con sus orillas vistosamente labradas y verdes, la terminan por el Oriente. Los dentro de la ciudad corresponden á la belleza de los campos de afuera, porque las calles son anchas, bien cortadas y paralelas, y los vecinos (que al principio habian hecho sus casas de madera y paja, cada uno segun podia), despues las fueron haciendo de piedra y cal, por haber muchos y buenos materiales para ello. Con el tiempo se encontró una cantera de una especie de mármol, á semejanza de la que explotó D. Nicolás de Ovando en la Calle de la Fortaleza, sobre el rio. Para estimular á otros fabricaron algunos vecinos más acomodados sus casas con esta piedra-mármol, con más ó ménos curiosidad, y los demás hicieron las suyas con una especie de tierra glutinosa, que se endurece al aire y que dura lo mismo que el mejor ladrillo. Baña la mar las murallas, que forman un dique competente para resistir á sus furias: atraviesan los navíos por lo largo de la ciudad; y como hay una barra á la entrada del rio, que apenas tiene quince piés de alto de agua en las más

fuertes mareas, no pueden entrar los navíos de guerra, y la rada de afuera es bastante segura, si no es, desde mediados de Julio hasta mediados de Octubre, que corren algun peligro los navíos por los huracanes que se levantan por el lado del Sud en aquella temporada; mas despues no hay que temer, pues no hay ejemplar de que haya perecido algun navío, sino tal vez por la impericia de los pilotos.

Tambien, además de la fortaleza (que es obra del Comendador Ovando, y de su casa, que era magnífica) hizo este Gobernador edificar un monasterio de San Francisco en la forma que están los de España, y un hospital bajo la advocacion de San Nicolás, cuyo nombre tenia; y algunos años despues fundaron los religiosos de Santo Domingo y de la Merced, y el tesorero Miguel de Pasamonte añadió la fundacion de otro hospital, llamado de San Miguel en honor de su santo patrono. Con el discurso del tiempo se ha fabricado una catedral magnífica y unas iglesias muy hermosas: jamás ciudad alguna se acabó en tan breve tiempo. Algunos particulares acaudalados labraron casas que cogian calles enteras, y no tardaron en sacar mucho provecho de ellas; de modo que casi de golpe vino á ser la ciudad de Santo Domingo tan grande y tan hermosa, que el historiador Oviedo se arroja á decir al señor

Emperador Carlos V, que España toda no tenía una siquiera que le pudiera llevar la preferencia, ni por la ventaja del terreno, ni por su agradable situación, ni por la hermosa disposición de sus plazas y calles, ni por la amenidad de sus contornos; añadiéndole que vivía su majestad imperial en palacios que ni tal vez tenían la extensión, comodidades y riquezas de que gozaban algunos de Santo Domingo. Igualmente se acabó la villa y puerto de Plata por el mismo tiempo. Se mantuvo algunos años este puerto muy floreciente, y después fué descaeciendo por el poco cuidado de conservar la población de los isleños, que se fueron acabando á toda priesa, y por consiguiente fué cesando el comercio que le daba esplendor y afianzaba las esperanzas bien fundadas que se habían prometido los nuestros cuando se determinó fundarlo.

Dejamos al Almirante Colon retirado en el Puerto de Azúa, dando lugar á su gente para que respirase de los trabajos padecidos en la tempestad que había prevenido; y viendo la descansada y sus navíos aderezados, salió de aquel puerto y fué al puerto de Yaquimo, que él llamaba del Brasil, que dista ochenta leguas de Santo Domingo. Tomó, pues, la vía del Poniente, partiendo el catorce de Julio de este puerto de Yaquimo, y padeció muchas calmas, hasta que llevado por

las corrientes, se halló cerca de muchas isletas inmediatas á Cuba, y tomando la vuelta del Mediodía, navegó hácia tierra firme, forcejeando contra los vientos contrarios y las corrientes como unos setenta días, y llegó á unas islas pequeñas que después los castellanos las llamaron de los Guanajos: se halló que la gente de estas islas, bastantemente pobladas, es muy pacífica y semejante á la de las otras islas, salvo que no tenían las frentes anchas; y porque se vió en ellas muchos pinos, la puso el Almirante isla de Pinos, que dista de la tierra firme como doce leguas, cerca del Cabo que se llama ahora de Honduras, aunque el Almirante le llamó entonces cabo de Cacinás. Mandó el Almirante al Adelantado su hermano, que iba por capitán de un navío, que saliese á tierra, y dentro de poco llegó una gran canoa de indios muy grande, cargada de mercaderías de hácia el Poniente, que debía de ser de tierra de Campeche ó Yucatan, porque no está de allí sino treinta leguas poco más: extrañaron los castellanos la calidad de aquellas mercaderías; y el Almirante viendo muchas muestras de honestidad en las indias que se cubrían el rostro y el cuerpo con sus mantas, luego que acaecía asirles de los pañetes, con que cubrían sus vergüenzas, se movió á tratarlos bien, restituyéndoles su canoa, y dándoles algunas cosas